

La Pilarcita

Entre tristezas y alegrías que van del pueblo a la ciudad

 Evangelina Ramos

María Marull –actriz y directora teatral que aparece en 2008 en la escena porteña, dirigiendo una puesta de August Strindberg– nos ofrece por primera vez un trabajo enteramente de su autoría: *La Pilarcita*, obra que además dirige. Presentada en el marco del Festival número quince de Teatro por la Identidad, fue estrenada en agosto de 2015, en el teatro El Camarín de las Musas.

Con una puesta de estética realista, en la que aborda una temática que viene siendo trabajada por diversos directores de nuestro teatro, Marull nos introduce en la cotidianidad del litoral argentino, en su cadencia, virtudes y sinsabores.

Desde un principio, el espectador es invitado mediante una luz tenue a detener su mirada en el altar de “La Pilarcita”, santita de esta región que, por su dote milagrosa, convoca una vez al año a miles de personas que van en busca de que sus deseos se cumplan. Los festejos en su honor permiten el encuentro de dos mundos aparentemente antagónicos, que nos son otorgados por el personaje de Selva, una mujer proveniente de la ciudad, habitante de un monoambiente en la provincia de Santa Fe y que, en compañía de su amante Horacio, va a pasar unos días a un sencillo y pequeño hotel de un pueblo del litoral que atienden Celina —su dueña— y su amiga Celeste. El anhelo de un milagro empuja a Selva y a su amante hacia allí, a este humilde albergue, que con su pileta pelopincho y sus sábanas tendidas es el espacio de representación de esta historia.

Dicha dicotomía pueblo-ciudad se revela como el *leitmotiv* sobre el cual se basa esta obra. En primer lugar, uno de los recursos preponderantes de los que se vale la puesta en escena es el humor que surge —en gran parte— de este choque de universos. De modo exagerado, Selva se muestra insatisfecha con lo que el pueblo tiene para ofrecerle. Celina, por su lado, no tolera el malestar que su hotel y el pueblo en el que vive le provocan a su huésped; con diversos comentarios manifiesta de modo gracioso cuán insoportable le resultan las quejas de Selva. Celeste, en cambio, desestima los lamentos de la visitante y expresa un entusiasmo *clownesco* con su llegada, el mismo que muestra con los preparativos para el baile en el que participará a propósito de la celebración por “La Pilarcita”, al que le destina una gran parte del tiempo de su vida. Su personaje remeda, mediante el lenguaje verbal, la generosidad y la supuesta ingenuidad e inocencia del hombre de pueblo, y a través de un lenguaje corporal notoriamente expresivo es el encargado de evocar el disfrute de aquellas pequeñas cosas que en ocasiones, en el andar apurado, el hombre de ciudad olvida. En relación con este otro tiempo, característico de la vida en el pueblo, la directora manifiesta:



“En los lugares chicos el tiempo tiene otro peso. Creo que está pasando algo con la simultaneidad de las cosas. Cuando me pongo a escribir busco algo genuino, primitivo. Y eso está en otros espacios, más oxigenados, en el aire libre, en el pasado, en el pueblo. Hoy la gente está yendo de un lado al otro, en el subte, contestando los mensajes, viviendo diez vidas de las de antes juntas y hay una necesidad del tiempo puro...”¹. En tanto, un cuarto personaje, Hernán —hermano de Celina—, contribuye a la creación de escenas que suscitan risas en el público mediante la introducción de versos y canciones cómicas; al mismo tiempo, es el único que con su mirada y su canto, y acompañado de una delicada melodía que produce con su guitarra y una iluminación cálida y de baja intensidad, se dirige al espectador en diversas oportunidades. Su música y su discurso están destinados a generar emoción, ya que es el encargado de relatar, con un lenguaje en ocasiones poético, la tristeza de estas mujeres que, de una manera u otra, precisan un cambio en sus vidas, pero que no salen a buscarlo.

Entonces, la brecha que propiciaba la oposición entre dos mundos tan disímiles se hace más pequeña. Por un lado, Celeste naturaliza su tristeza, está acostumbrada a ella; se ocupa de su abuela y de atender “de gauchada” el hotel para que su amiga estudie. Lloro todos los días, pero lo hace “para dormirse” porque la “relaja”, como ella misma

Fotos son de Mariano Asseff.
 1. Carbonell, Jazmín, 2016. < Pueblo versus ciudad, en escena > La Nación, 8 de agosto, <<http://www.lanacion.com.ar/1925755-pueblo-versus-ciudad-en-escena>> [Consulta: 12 de octubre de 2016].



lo expresa. Celina, por su parte, estudia Medicina y quiere irse del pueblo cuyas costumbres ya no la satisfacen; además, tiene un amor —Rubencito— al que no se anima a expresarle sus sentimientos. Por último, Selva, también desafortunada, es amante de un hombre que está muy enfermo y al que sólo puede ver de lunes a viernes al mediodía.

Con el desarrollo de la obra, el espectador va comprendiendo que la infelicidad de estas mujeres trasciende el lugar al que pertenecen; no está vinculada con vivir en el pueblo o la ciudad, sino que reside —más bien— en la aceptación por parte de cada una de ellas de situaciones que no les producen alegría. No obstante, el movimiento se presenta sobre el final gracias a la realidad que se impone ante sus vidas: la muerte de Horacio y el mal momento que atraviesa Celeste durante el baile que tanto había esperado y para el que había trabajado incansablemente. Ambas situaciones son omitidas al espectador por transcurrir en la extraescena, elección que resulta acorde con el tono general de la puesta.

En síntesis, *La Pilarcita* plantea una lectura crítica sobre aquella concepción que idealiza la vida en el pueblo como un espacio apacible, remedio de todos los males del hombre ciudadano y que se halla muy presente en el imaginario colectivo de este. Asimismo, es una propuesta que brinda al espectador porteño un encuentro con las costumbres y creencias propias de diversos pueblos de nuestro país, a la vez que lo invita a reflexionar sobre la universalidad de los sentimientos humanos, que van mucho más allá de toda geografía.

Gracias a un lenguaje verbal provisto de humor y ternura preponderantemente, que se complementa con diversos lenguajes no verbales, entre los que destacamos la destreza en las actuaciones que dan lugar a la emoción, así como con una música que apela a la sensibilidad del espectador, la obra resulta aplaudida largamente por un público diverso.

FICHA TÉCNICA

La Pilarcita

Dramaturgia: María Marull **Elenco:** Pilar Boyle, Juan Grandinetti, Mercedes

Moltedo, luz Palazon **Vestuario:** Jam Monti **Diseño de espacio:** Jose

Escobar, Alicia Leloutre **Fotografía:** Sebastián Arpesella **Diseño gráfico:** Natalia

Milazzo **Asistencia de dirección:** Sofía Salvaggio **Prensa:** Carolina Alfonso

Dirección: María Marull

Bibliografía

- » Carbonell, J. (2016). “Pueblo versus ciudad, en escena”, *La Nación*, 8 de agosto <<http://www.lanacion.com.ar/1925755-pueblo-versus-ciudad-en-escena>> [Consulta: 12 de octubre de 2016].
- » Trastoy, B. y Zayas de Lima, P. (2006). *Lenguajes escénicos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.